

San Pedro Julián Eymard

EL BIEN SUPREMO

I

Los discípulos que iban a Emaús se sintieron interiormente conmovidos, inflamados e iluminados con la conversación de aquel divino extranjero que se les juntó en el camino. Cuando éste los quiso dejar le dijeron : "Permanece con nosotros, porque se hace tarde."

No se cansaban de oír al Señor, y, al perderle, les parecía que lo perdían todo.

Lo mismo podemos decir ahora a nuestro Señor : "Quédate con nosotros, Señor, porque sin Ti se nos echa encima la noche, una noche terrible."

La Eucaristía es, en efecto, el bien supremo del mundo. La mayor desgracia que nos puede sobrevenir es privarnos de la Eucaristía.

Sí, Jesús es el soberano bien. "Con El — dice la Sabiduría— me han venido todos los bienes." Y san Pablo exclama : "Habiéndonos dado Dios a su propio Hijo, ¿cómo no nos había de dar con El todas las cosas?".

En efecto, nos ha dado todo lo que tiene, todo lo que es ; no pudo hacer más : Omne quod habet, omne quod est, dedil nobis; plus dare non potuit (san Agustín).

Con Jesús Eucaristía la luz brilla sobre la tierra. Con la Eucaristía tenemos el pan de los fuertes, el viático para los caminantes, el pan de Elías que nos da fuerza para subir hasta la montaña de Dios, el maná que nos hace tolerable el horror del desierto.

Con Jesús tenemos consuelo, tenemos reposo en las fatigas y agitaciones de nuestra alma y bálsamo que sirva de lenitivo a los acerbos dolores del corazón.

En la Eucaristía encontramos el remedio para nuestros males, un medio seguro de satisfacer por las nuevas deudas de los pecados que continuamente contraemos con la justicia divina. Jesucristo nuestro señor se ofrece todos los días como víctima de propiciación por los pecados del mundo.

II

Pero esta dádiva, que excede a cualquier otra, ¿estamos seguros de poseerla siempre?

Jesucristo ha prometido permanecer con su Iglesia hasta la consumación de los siglos ; mas no ha hecho esta promesa a ningún pueblo ni individuo en particular.

Estaremos seguros de su permanencia entre nosotros si sabemos rodear su sagrada persona del honor y del amor que le son debidos. Es una condición expresa.

Jesucristo tiene perfecto derecho a esta honra y El mismo la exige.

Es nuestro rey y nuestro salvador. Démosle un honor superior a todo honor, honrémosle con el culto de latría, tributémosle honores públicos: nosotros somos su pueblo.

La corte celestial se postra en presencia del Cordero inmaculado.

Acá en la tierra fué Jesús adorado de los ángeles en su nacimiento, de las muchedumbres durante su vida y de los apóstoles después de su resurrección.

Los pueblos y los reyes fueron a adorarle.

Y en el santísimo Sacramento, ¿no tendrá Jesucristo más derecho a nuestra adoración, puesto que mayores son sus sacrificios y más profundo su abatimiento?

Para El el honor solemne, la magnificencia, la riqueza y la belleza del culto católico. Dios fijó hasta los más menudos pormenores de culto mosaico, aunque no era más que una figura. En los siglos de mayor fe nunca se ha creído hacer lo bastante para contribuir al esplendor del culto eucarístico, como atestiguan esas basílicas, esos vasos sagrados, esos ornamentos..., obras maestras del arte, llena de magnificencia.

La fe ha obrado estas maravillas : por el culto y el honor que se rinde a Jesucristo podemos conocer la fe y las virtudes de un pueblo.

A Jesús Eucaristía todo honor ; es digno de él y le tiene perfecto derecho!

Claro que no le puede satisfacer por completo el culto exterior. Pide, además, culto de amor, interior servicio, la sumisión de nuestro espíritu, de tal manera, sin embargo, que no queden encerradas estas cosas dentro de nosotros mismos, sino que las manifestemos por medio de atenciones tan tiernas y amables como las de un buen hijo para con sus padres ; como las del hijo que viviendo alrededor de su padre y de su madre siente necesidad de verlos, de darles pruebas de cariño ; que si está lejos de aquéllos, sufre y languidece ; que acude a su lado tan luego como le necesitan, volando a la menor indicación ; que se adelanta, en cuanto está de su parte, a sus deseos y, en una palabra, que esté siempre dispuesto para hacer todo lo que pueda agradar a su buen padre y a su amorosa madre. Así es el culto que inspira el amor natural.

Pues de esta suerte es también el culto de amor que Jesús reclama en la Eucaristía. Quien ama, busca la Eucaristía, se complace en hablar de ella, siente necesidad de Jesús, al que tiende incesantemente y ofrece todos sus actos, todas las satisfacciones de su corazón, sus alegrías y sus consuelos. Con todo eso forma un ramillete para Jesús sacramentado.

Obrando así conservaremos al santísimo Sacramento, cuya pérdida sería para nosotros mal supremo.

III

A la puesta del sol siguen las tinieblas, y, cuando el sol se esconde, hace frío.

Si el amor a la Eucaristía se extingue en el corazón, piérdese la fe, reina la indiferencia y, en esta noche del alma, como bestias feroces, salen los vicios a hacer presa en ella.

¡Oh desventura sin igual! ¿Qué cosa habrá ya que pueda reanimar a un corazón frío al que la Eucaristía no logra calentar?

Y lo que hace Jesucristo con los individuos lo hace igualmente con los pueblos .

Si éstos no le aman, ni le respetan, ni le conocen, sino que le abandonan y desprecian, ¿qué hará el rey al verse de esta manera abandonado de sus súbditos?

¡Jesús se va, se marcha a otro pueblo mejor! ¡Qué espectáculo más triste el que ofrecen los pueblos cuando Jesús se aparta de ellos! ¡En otro tiempo tuvo un sagrario en el cenáculo, que hoy está convertido en mezquita! Y a la verdad, no teniendo ya verdaderos adoradores, ¿qué había de hacer allí Jesucristo?

El Egipto y otras partes de Africa, que fueron en otro tiempo la tierra por excelencia de los santos, donde habitaran legiones de santos monjes, han sido dejados por Jesucristo, y desde que allí no existe la Eucaristía, reina por doquiera la desolación; pero no hay duda de que Jesucristo fué el último en abandonar aquellos países, cuando ya no encontró un solo adorador.

¡También esta nube desoladora ha pasado por Europa! Jesús ha sido arrojado de sus templos y profanados sus altares, sin que haya vuelto a entrar en ellos.

En Francia se ha disminuído asimismo la fe y el amor a la Eucaristía. ¡Cuántas de sus iglesias en poder de los herejes, en las cuales contó Jesucristo antiguamente con fervientes adoradores! Cuando el amor de éstos se extinguió huyó Jesucristo y no ha vuelto a entrar en sus templos.

No menor causa de espanto para los verdaderos fieles es ver hoy en tanta ciudades a Jesucristo sacramentado en el mayor desamparo, solo,

completamente solo. ¡Y en nuestras aldeas se cierran las iglesias por miedo a los ladrones y porque nadie entra en ellas! ¿Es posible que esto suceda? ¿Queremos, por ventura, perder el precioso tesoro de la Eucaristía?

Estemos bien seguros de que si marcha Jesucristo volverán los crímenes, la persecución y la barbarie.

¿Quién podrá contener, quién será capaz de conjurar estas públicas calamidades?

¡Oh, Señor, permanece con nosotros! ¡Nosotros seremos tus fieles adoradores! ¡Preferimos el destierro, andar pidiendo limosna, la muerte..., antes que vernos privados de Ti!

No nos castigues, Señor, viendo que abandonamos los santuarios de tu amor.

Permanece, permanece con nosotros, Dios mío, que se hace tarde y sin ti la noche se nos echa encima : Mane nobiscum,
Domine, quoniam advesperascit.

LA COMUNION, REMEDIO DE NUESTRA TRISTEZA

I

Qui jucundus eram et dilectus in potestate mea..., ecce perego tristitia magna, in terga alieno...

"Yo que estaba tan contento y querido en mi reino, he aquí que muero de profunda tristeza en tierra extraña". (I MACH., VI, 11 y 13).

Nos agobia una profunda tristeza que queda pegada al fondo de nuestro corazón sin que podamos desecharla. No hay alegría para nosotros en la tierra, por lo menos alegría que dure un poco y no acabe en llanto; no la hay ni puede haber. Se nos arroja de nuestra casa, de la casa paterna. Esta tristeza forma parte integrante del patrimonio legado por Adán pecador a su desdichada posteridad.

Lo sentimos sobre todo cuando nos encontramos a solas. A veces llega a ser espantosa. En nosotros se encuentra, pero no sabemos de dónde proviene. Los que no tienen fe acaban desanimándose, se desesperan y prefieren la muerte a semejante vida, lo cual es un crimen horrible y prenda de reprobación.

En cuanto a nosotros, cristianos, ¿qué remedio encontraremos contra esta nativa tristeza? ¿La práctica de la virtud tal vez, o el celo de la perfección cristiana? No basta eso. Las pruebas y las tentaciones le darán aún muchas veces el triunfo. Cuando esta tristeza cruel domina a un corazón nada se puede ya hacer ni decir; siéntese uno como abrumado más allá de sus fuerzas. En el huerto de los olivos nuestro Señor pensó en morir por ello. Y

durante sus treinta y tres años vivió constantemente bajo una impresión dolorosa. Era manso y bueno, pero triste, porque se cargó con nuestras enfermedades. ¡Ved cómo lloraba nuestro Señor! Lo nota el evangelio, y eso que nunca dice que se riera...

A semejanza de su divino maestro, tristes pasaban también la vida los santos, lo cual provenía de su condición de desterrados, del mal que veían en torno suyo, de la imposibilidad en que se encontraban de glorificar a Dios cuanto querían. Pero sobrenaturalizaban su tristeza.

Contra este mal universal hace falta, por consiguiente, un remedio. Consiste en no quedar en sí ni consigo: hay que desahogar la tristeza, si no queremos que ella nos arrastre como un torrente. Pero en esto muchos buscan consuelos humanos y se desahogan con un amigo o un director, y esto no basta; sobre todo cuando Dios nos envía un aumento de tristeza como prueba, ¡oh! entonces nada hay que valga. Antes al contrario, cáese más profundamente al observar que ni las buenas palabras ni los avisos paternales nos han devuelto la alegría ni disipado las nubes de tristeza, y el demonio se aprovecha de ello para hacernos perder la confianza en Dios; y almas se ven, y de las más puras y santas, huir, como Adán en el paraíso, de Dios y tener miedo de hablar con El. La oración puede, aliviar un poco la tristeza; pero no basta para dar una alegría pura y duradera. Nuestro Señor oró por tres veces en Getsemaní, pero no para su tristeza; no recibió más que fuerzas para soportarla.

Una buena confesión nos devuelve también la calma; pero el pensamiento de haber ofendido a un Dios tan bueno es muy a propósito para volver a entristecernos.

¿Dónde hallará, pues, el verdadero remedio?

II

El remedio absoluto es la Comunión; es éste un remedio siempre nuevo y siempre enérgico, ante el cual cede la tristeza. Nuestro Señor se ha puesto en la Eucaristía y se nos viene para combatir directamente la tristeza. Siendo como principio que no hay una sola alma que comulgue con deseo sincero, con verdadera hambre, y se quede triste en la Comunión. Puede que la tristeza vuelva más tarde, porque es propia de nuestra condición de desterrados; y aún volverá tanto más pronto cuanto mayor prisa nos demos en replegarnos sobre nosotros mismos y no permanezcamos bastante tiempo considerando la bondad de nuestro Señor; pero estar tristes en el momento en que Jesús entra en nosotros, eso jamás. Es un festín la Comunión; en ella celebra Jesús sus bodas con el alma fiel; ¿cómo, pues, queréis que lloremos? Apelo a vuestra experiencia personal: cada vez que a pesar de haber hecho una buena confesión estabais tristes antes de la Comunión, ¿no habéis visto renacer la alegría al bajar nuestro Señor a vuestro corazón?

¿No se quedó en el colmo de la alegría el publicano Zaqueo cuando recibió a Jesucristo, por más que tuviese sobrados motivos de tristeza en las

depredaciones de que se le acusaba?

Tristes iban por el camino los dos discípulos de Emaús, y eso que iban en compañía del mismo Jesús, quien les hablaba e instruía; pero en llegando la fracción del pan, muy luego se sienten poseídos de dicha, el júbilo desborda de sus corazones, y a pesar de la noche, de lo largo del camino y del cansancio, van a anunciar su gozo y compartirlo con los Apóstoles.

Pongamos los ojos en un pecador que ha cometido toda clase de crímenes. Se confiesa, y sus heridas se cierran. Entra en convalecencia; pero está siempre triste, su conversión le hace más sensible, y llora ahora lo que antes ni lo sentía siquiera: la pena causada a Dios. Tanto más profunda resulta su melancolía cuanto su conversión es más sincera y más ilustrada. ¡He ofendido tanto a un Dios tan bueno!, se dice entre sí. Si le dejáis así a solas, la tristeza le oprimirá y el demonio le sepultará en el desaliento. Hacedle comulgar; sienta en sí la bondad de Dios y su alma se henchirá de gozo y de paz. ¡Cómo!, se dice. ¡Si he recibido el pan de los ángeles! ¡Luego me he hecho amigo de Dios! Ya no le apenan sus pecados por este momento; nuestro Señor le dice con sus propios labios que está perdonado. ¿Cómo no creerlo?

¡Oh! La alegría que nos trae la Comunión es la más bella demostración de la presencia de Dios en la Eucaristía. Nuestro Señor se demuestra a sí propio haciendo sentir su presencia. "Yo iré a aquel que me amare y me manifestaré a él." Manifiéstase, efectivamente, con la alegría que le acompaña.

III

Notad para vuestra propia conducta que hay dos clases de alegría. Hay en primer lugar una alegría que es resultado del feliz éxito, del bien que se ha hecho, la que trae consigo la práctica de la virtud. Es el júbilo del triunfo y de la cosecha. Buena es, pero no la busquéis, porque, como se apoya en vosotros no es muy sólida, y bien pudiera ser que en ella consistiera toda vuestra recompensa.

Pero la otra, que proviene de la Comunión, cuya causa nos vemos obligados a confesar que no está en nosotros, sino sólo en Jesús, que no guarda relación alguna con nuestras obras, ésta aceptémosla sin reparos y descansenos en ella cuando nos la trae nuestro Señor, pues es del todo suya. El niño, con no tener ninguna virtud ni merecimiento alguno, goza, sin embargo, de la dicha de estar al lado de su madre. de igual manera sea la presencia del Señor el único motivo de nuestra alegría. No indaguéis hasta qué punto habéis podido merecer el gozo que experimentáis, sino regocijaos por tener a nuestro Señor y quedaos a sus pies paladeando vuestra dicha y gustando su bondad.

Muchos hay que temen pensar demasiado en la bondad de Dios, porque esto pide que en retorno nos demos por entero y sin contar: prefieren la ley. Queda uno libre, una vez que la haya cumplido. Cálculo mezquino es éste que no deben hacer las almas a quienes El se da con tanta profusión.

Gustemos sin temor la bondad de Dios; recibamos con avidez la alegría que se nos ofrece, dispuestos a dar generosamente a nuestro Señor cuanto le plazca pedirnos en correspondencia.